

ALMERÍA - TARRASSA

Dos maletas de madera y una foto de la Santa Cruz de Canjáyar

Una historia real. José y Encarna son lo nombres ficticios de una joven pareja, real, que emigró, como tantos almerienses, a las industrias de Cataluña en los años 40

GUILLERMO FUERTES

Tarrasa, que en catalán y oficialmente es Terrassa, es la antigua Egara romana, y también la Egosa ibérica. Tierra de paso y de asentamiento desde los albores de la historia, en los albores del siglo XIX fue una de las ciudades españolas donde la revolución industrial tuvo mayor impacto, con un gran número de fábricas e industrias dedicadas al sector textil.

En los primeros años 40 del siglo pasado, cuando Almería y toda Andalucía se desangraban con la partida de sus jóvenes hacia cualquier horizonte que ofreciera un futuro, Tarrasa era una ciudad de 49.758 habitantes llena de chimeneas, un ruido de telares que invadía cada rincón de la ciudad, y mucho trabajo.

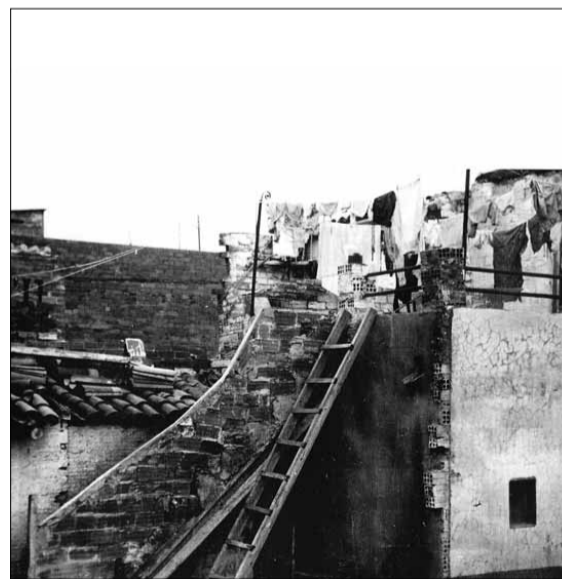
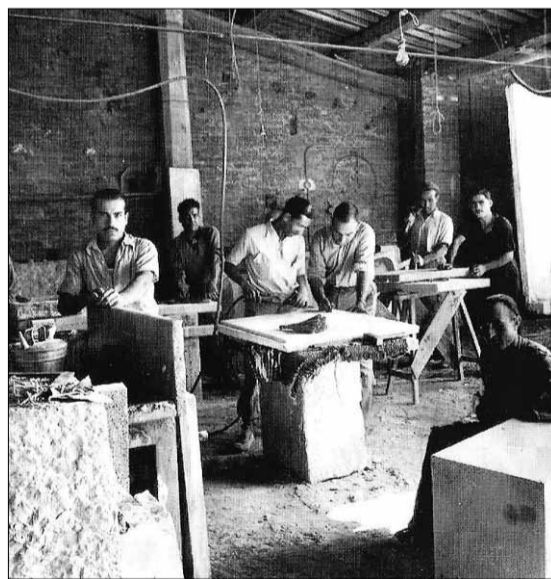
De modo que cuando José Martínez y Encarna Ruiz decidieron casarse, en noviembre de 1943, también tomaron la determinación de meter sus pocas pertenencias en unas maletas de madera atadas con cuerdas y partir hacia allá. Unos parientes de José, que les habían escrito para felicitarlos por el enlace, los habían invitado.

Las chimeneas de Tarrassa

La historia de José y Encarna es real, pero sus nombres son ficticios. Antonio Simón, presidente de la Asociación Amigos de la Santa Cruz de Canjáyar, la escribió para el programa de las fiestas de este año, y eligió este recurso narrativo para que sirviera como reflejo general de tantas otras, tal vez distintas en los detalles, pero siempre semejantes en su trasfondo humano.

“Las grandes fábricas textiles, con sus altas chimeneas, sorprendieron a los recién llegados, que nunca habían salido de su entorno alpujarreño”, cuenta Antonio. “Pero a los pocos días, Encarna entró a trabajar como repasadora en la fábrica Saphil de la calle Galileo”.

A José le habían hablado de un señor de Instinción, Miguel Ros Orta, que tenía un taller de marmolistas, y se fue a verlo. Este, al enterarse de



La Asociación de la Santa Cruz de Canjáyar, desfilando en las fiestas de este año por las calles de Tarrassa. En primer plano, Mariano Martínez, nombrado Canjilón de honor, y detrás, Francisco Alonso, alcalde de Canjáyar, Josep Pausas, prior de Tarrassa, y Antonio Simón. Abajo, el taller de mármoles de Miguel Ros, y una vista del Barrio de Las Latas. / La Voz

que un joven de Canjáyar preguntaba por él, dejó inmediatamente el martillo y cincel con los que estaba picando una pieza de mármol y salió a verlo: “Pasa hombre pasa, cuéntame cómo está aquello, que yo me vine hace bastantes años y no he vuelto”, le dijo.

José respondió que las cosas por la tierra no iban muy bien: “Las uvas no dan para mucho, y si no tienes tierras propias, ni para ir tirando”. “Bueno, tú no te apures”, respondió el marmolista. “Aquí tienes un paisano para ayudarte, y mañana te quiero aquí a las siete para trabajar”. La verdadera ayuda que se le puede brindar a un emigrante.

En un rincón del corazón

Después de un par de meses de dormir en casa de los parientes de José, la pareja comenzó a construirse una chabola con ladrillos de recuperación y uralitas en el barrio de La Maurina, una vecindad de inmigrantes, la mayoría del sur, que se ayudaban los unos a los otros y que en aquella época se llamaba ‘Barrio de las Latas’, por las barracas hechas con chapas de metal.

Con el tiempo, José y Encarna fueron progresando en aquella tierra. Tuvieron y criaron a tres hijos, hicieron vida y familia. Los tiempos cambiaron. Nunca volvieron a Canjáyar, “pero en un rincón de sus corazones siempre tuvieron a su pueblo y supieron transmitir a los suyos los valores y el amor por su tierra”, cuenta Antonio. Y pasaron los años.

Un día, hace dos años, al taller de Antonio Simón, en la calle del Norte, llegó una muchacha preguntando por él. Era María, una de las hijas del matrimonio, y había ido por varios departamentos del Ayuntamiento preguntando por la Asociación de Canjáyar. Llevaba, envuelta en un papel, una foto de la Santa Cruz que sus padres habían traído del pueblo en aquella maleta de novios, y siempre habían guardado como una reliquia.

No quería que se perdiera. Ese recuerdo, que había visto desde niña en la habitación de sus padres, tenía que conservarlo alguien que lo valorara en su justa medida. Una foto, un asidero de la memoria. Un símbolo de la emigración.

*Tasmania

La próxima semana hablaremos de los almerienses que emigraron a Australia

+ Andaluces en Cataluña | Los coches que vuelven cada verano

Según los últimos censos de población, los ciudadanos que viven en Tarrassa y han nacido en Andalucía ascienden a 31.796. De ellos, los más numerosos son los almerienses (8.064), seguidos de cerca por los cordobeses (7.381). Granadinos hay 4.809, jiennenses,

4.620; los sevillanos suman 3.302, los malagueños, 1.464, los gaditanos, 856, y, por último, de Huelva hay 465 personas. En toda Cataluña hay 369.103 andaluces que viven en 17 grandes ciudades, y 349.173 en el resto de las poblaciones. Los datos son

abrumadores, el reflejo de una emigración masiva que durante muchos años desangró unas tierras castigadas por los avatares de la historia y los elementos. Muchas familias se separaron, pero la mayoría continuaron manteniendo sus lazos.

Todos los veranos llegan los coches con matrículas ‘de fuera’ a los pueblos de toda la provincia, a pasar las vacaciones. Transcurrido el tiempo y pasadas las penurias, los abuelos y padres conservan las memorias de aquellos años de emigración.